

# La difícil aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia en España. La gestación de la Escuela Social de Zaragoza (1907-1929)

FERNANDO CROVETTO

**Abstract:** *La Escuela Social de Zaragoza fue la manifestación práctica de la preocupación social de un grupo de católicos aragoneses que buscaron concienciar socialmente a los españoles de su tiempo. Esa Escuela fue pionera en la península ibérica y se preocupó de difundir la doctrina social de la Iglesia a través del estudio y de la difusión de las enseñanzas de los pontífices. Josemaría Escrivá conoció a algunos de sus integrantes cuando cursaba Derecho en la Universidad de Zaragoza. Este artículo tiene como objetivo presentar las bases teóricas de ese grupo y describir alguna de sus iniciativas, como contexto formativo del fundador del Opus Dei.*

**Keywords:** *Escuela Social de Zaragoza – Doctrina Social de la Iglesia - Severino Aznar – Miguel Sancho Izquierdo – Josemaría Escrivá – años veinte*

**The Difficult Application of the Social Doctrine of the Church in Spain. The Creation of the Zaragoza Social School (1907-1929):** *The Social School of Zaragoza was the practical manifestation of the social concern of a group of Aragonese Catholics who sought to raise social concern among the Spaniards of their time. The school was a pioneer in the Iberian Peninsula and was concerned with spreading the social doctrine of the Church through study and the dissemination of the teachings of the Roman pontiffs. Josemaría Escrivá met some of its members when he was studying law at the University of Zaragoza. This article aims to present the theoretical foundations of the group and describe some of its initiatives as a formative context for the founder of Opus Dei.*

**Keywords:** *Social School of Zaragoza – Social Doctrine of the Church - Severino Aznar – Miguel Sancho Izquierdo – Josemaría Escrivá – 1920s*

Para los lectores de esta revista no resultará novedoso señalar que Josemaría Escrivá predicó sobre la posibilidad de santificar el trabajo, santificarse con el trabajo y santificar a los demás a través del trabajo<sup>1</sup>. Es de sobra conocido que se trata de un camino que propuso a los católicos para mejorar personalmente y transformar la sociedad y los ambientes que cada uno frecuenta. Quizá sea menos conocido para ese público que mientras Escrivá se formaba en el seminario de Zaragoza y estudiaba Derecho en la Universidad de Zaragoza, hubo un grupo de católicos aragoneses que crearon la Escuela Social de Zaragoza y se prodigaron en difundir en España los principios de la doctrina social de la Iglesia, recogidos principalmente en la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII. Se trató de un grupo pionero en España que se propuso renovar el modo de mejorar las condiciones materiales de los trabajadores<sup>2</sup>.

El joven seminarista no formó parte de ese grupo, aunque sí fue alumno de uno de los fundadores, Salvador Minguijón<sup>3</sup>, y del que fue uno de sus principales seguidores, Miguel Sancho Izquierdo<sup>4</sup>. Además, Luis Latre, amigo de Escrivá, era hermano de José Latre, director de la revista *El Pilar* y miembro fundador del grupo. Sancho Izquierdo, años después, recordará a su alumno con las siguientes palabras: «más de una vez me ha parecido que ya apuntaba esa secularidad, esa valoración de las realidades humanas, que iba a ser una característica de su espiritualidad y de su apostolado»<sup>5</sup>. Cabe recordar también que en 1964 Miguel Sancho Izquierdo fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Navarra. Escrivá en su discurso se honraba de haber sido su discípulo<sup>6</sup>.

En estas páginas me propongo explicar la acción y las ideas fundamentales de ese grupo de aragoneses que desde Zaragoza alcanzaron un gran prestigio e influencia en toda la nación. No se pretende con esta investigación demostrar la influencia de ese grupo en Josemaría Escrivá, algo que las fuentes documentales actuales no permiten mostrar, sino simplemente exponer una realidad que Escrivá sí tuvo la oportunidad de conocer, al menos a través de las clases de esos dos profesores en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza.

<sup>1</sup> Sin afán de ser exhaustivo cfr. Illanes 2013: 1202-1210.

<sup>2</sup> La encíclica de León XIII provocó un terremoto en muchos católicos que se sintieron llamados a trabajar en obras sociales. Cfr. Hilarie 1993: 100.

<sup>3</sup> Datos biográficos en <https://humanidadesdigitales.uc3m.es/s/catedraticos/item/15824>

<sup>4</sup> Cfr. Illanes 1994: 128. Datos biográficos en <https://humanidadesdigitales.uc3m.es/s/catedraticos/item/15621>

<sup>5</sup> Cit. en Herrando 2002: 219.

<sup>6</sup> Cfr. Cagigas 2014: 238-240.

He dividido el trabajo en varios apartados. Me ha parecido interesante comenzar con alguna información sobre los estudios publicados hasta ahora sobre el tema, para exponer después la situación social y económica en la España de los años veinte y abordar, a continuación, la respuesta de la Iglesia a esos desafíos. Finalmente, me centraré en el caso aragonés con la descripción de algunos proyectos liderados por la mencionada Escuela Social de Zaragoza.

#### LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA ACCIÓN SOCIAL EN ESPAÑA: UN CAMPO AÚN POR EXPLORAR

En 2004 Feliciano Montero se lamentaba de que la investigación sobre el catolicismo social en España seguía estancada desde los años noventa<sup>7</sup>. Esa sensación de desinterés por el tema se confirmó en 2017 cuando el mismo Montero, con Julio de la Cueva y Joseba Louzao, editó un libro sobre la historia religiosa en España. Ese extenso libro de seiscientas páginas no incluía ningún capítulo sobre el catolicismo social, lo que ratificaba indirectamente ese vacío historiográfico. Esa apatía se acentuaba y se acentúa para el periodo anterior a la Guerra Civil<sup>8</sup>.

La historiografía general, salvo contadas excepciones, concuerda con que el catolicismo social fracasó en España durante el siglo XIX y principios del XX; y de ahí que el término acuñado para describir la sociedad española de esos años fue “apostasía de las masas”. Con esa expresión se quiere reflejar el alejamiento de los trabajadores de los postulados de la Iglesia. Esa distancia se convirtió en uno de los elementos que condujo a un enfrentamiento que tuvo la Guerra Civil como su hito más dramático. El análisis de ese fracaso conduce a que la jerarquía, que era quien coordinaba toda la acción de los católicos, no supo acoger las demandas de los trabajadores y se movió entre coordenadas paternalistas con una mentalidad benéfica-caritativa<sup>9</sup>. Una excepción a esa tendencia general fue, además de Maximiliano Arboleya<sup>10</sup>, José Gafo y Sisinio Navares, la Escuela social de Zaragoza coordinada por Severino Aznar<sup>11</sup>. Los cuatro mosqueteros –Severino Aznar, Salvador Minguijón, José Latre e Inocencio Jiménez– como fueron denominados sus fundadores, fueron una excepción a la tónica general y procuraron desarrollar una acción social que respetara tanto la doctrina social

<sup>7</sup> Cfr. Montero 2004: 389.

<sup>8</sup> Cfr. Montero 2004: 390. Por ejemplo, sobre la Acción Social de los años sesenta se puede consultar Montero 2000.

<sup>9</sup> Cfr. Domínguez León 1991: 159.

<sup>10</sup> Datos biográficos en Benavides 2001: 10-13.

<sup>11</sup> Datos biográficos en Montero 2001: 19-21.

católica como los derechos de los trabajadores. En todo momento se sintieron herederos y promotores del pensamiento social de León XIII.

Por otro lado, parece necesario añadir que la historiografía que subraya el fracaso tiene un déficit metodológico, ya que se centra más en aspectos políticos; es decir, en «el análisis de las ideas y proyectos, que en la valoración del alcance y la implantación real de las obras y organizaciones»<sup>12</sup>. De ahí que José Andrés-Gallego y Feliciano Montero maticen ese juicio peyorativo. Estos autores prefieren hablar de retraso, más que de fracaso; y Andrés-Gallego se esfuerza por exponer y analizar las innumerables iniciativas sociales promovidas, con mayor o menor éxito, por los católicos españoles<sup>13</sup>, de las que la Escuela de Zaragoza es un buen testimonio. Yo también me inclino por esta interpretación más benigna de la actuación de los católicos sociales españoles; no fueron pioneros, pero tampoco pasivos o indiferentes. Sí se puede afirmar que encontraron resistencias y que las medidas propuestas no crecieron tanto como en otras latitudes.

#### BREVE DESCRIPCIÓN DE LA CRISIS ECONÓMICA Y LA CONFLICTIVIDAD SOCIAL

El final de la primera guerra mundial provocó un descenso de la demanda de exportaciones y tuvo como consecuencia una crisis económica en España. Esa situación, con cierre de empresas y aumento del paro, agudizó un problema estructural que se remontaba a varias decenas de años atrás y sus principales víctimas fueron los trabajadores y las clases bajas. A esos problemas se añadió la epidemia de la gripe en 1918 que provocó numerosas muertes. El fracaso militar en la batalla de Annual en Marruecos en 1921, con cerca de 13.000 militares fallecidos, tampoco favoreció la estabilidad social.

Esos problemas se manifestaron en desórdenes sociales, importantes ya en 1917 con varias huelgas generales y aumento de la conflictividad laboral y el incremento de afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), a causa de un descontento cada vez más generalizado. Además de un aumento de la violencia y los asesinatos. Incluso, en algunos ambientes, se hacía referencia a un deseo de introducir el bolchevismo en España desde Barcelona. En 1922, a modo de ejemplo, la prensa nacional contó cerca de dos mil atentados con un buen número de muertos y no es casualidad que, al año siguiente en Zaragoza, el 4 de junio de 1923, fuera asesinado el cardenal Juan Soldevilla justo cuando estaba yendo a visitar un orfanato que él mismo había promovido<sup>14</sup>. En ese sentido la

<sup>12</sup> Montero 2004: 393.

<sup>13</sup> Cfr. Montero 2004: 394; Andrés-Gallego 1984: 422-423.

<sup>14</sup> Cfr. Estarán Molinero 2003: 386-390.

capital aragonesa padecía una situación similar al resto de país. Este suceso –el asesinato del cardenal– debió impactar al joven seminarista Josemaría Escrivá, aunque no se conservan testimonios directos que lo confirmen. Únicamente, Herrando en su monografía sobre los años en el Seminario de Josemaría Escrivá hace referencia a que este veló con otros compañeros el cadáver de Soldevilla en el Salón del Trono del Palacio Arzobispal<sup>15</sup>.

Es un periodo en el que la conflictividad social camuflaba los problemas políticos existentes entre los distintos partidos, de manera que parecían menos acuciantes. Un síntoma de esa inestabilidad y desencanto social fue que los sindicatos únicos en Zaragoza debatieron en 1921 sobre la oportunidad de incorporarse a la III Internacional comunista. En fin, la inestabilidad social y política favoreció que el general Primo de Rivera triunfara en su golpe de Estado en 1923 con la promesa de restablecer el orden y la concordia en el país.

#### LA RESPUESTA DE LA IGLESIA A ESA CRISIS: LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y LAS SEMANAS SOCIALES

La jerarquía eclesiástica y los católicos españoles eran conscientes de la inestabilidad social y buscaron soluciones cristianas, en contraste con las socialistas, anarquistas y revolucionarias, que pudieran paliar esas carencias. Así, el 15 de diciembre de 1917 los obispos publicaron una carta pastoral conjunta titulada “Los deberes actuales de los católicos”. Una de esas tareas era la acción social. Salvador Falcón, miembro de la Unión de Sindicatos Obreros Católicos, unos años más tarde advertía: «si no tomamos parte activa en estos combates (sociales), se impondrá el socialismo anárquico, vendrá más tarde el bolcheviquismo y el hombre quedará sujeto a los caprichos de una sociedad sin pulso, de un Estado con ansias de saciar sus apetitos más desenfrenados»<sup>16</sup>.

Sin embargo, como tantas veces en la historia de España, no hubo acuerdo en el modo de afrontar los desafíos sociales planteados por la incipiente industrialización. No lo hubo entre liberales, comunistas y anarquistas, ni tampoco entre los católicos de distintas sensibilidades<sup>17</sup>. De una parte se posicionaron los católicos conservadores y tradicionalistas, de otra los que más tarde serán llamados posibilistas y que en su mayoría pertenecían a la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) y, por último, los democristianos. La Escuela de Zaragoza fue otro grupo autónomo que compartía buena parte del ideal y de los métodos del grupo de la Democracia Cristiana sin identificarse completamente.

<sup>15</sup> Cfr. Herrando 2002: 205-206.

<sup>16</sup> Estarán Molinero 2003: 329.

<sup>17</sup> Cfr. Callahan 2003: 108.

En efecto, el ideario de la Escuela Social de Zaragoza es una mezcla de las tres corrientes: de una parte, son tradicionalistas al valorar positivamente el pasado y considerarlo importante para encontrar nuevas soluciones. En ese sentido aunaban soluciones posibilistas y evolucionistas, pero descartaban un espíritu revolucionario que pretendiera cortar de raíz con el pasado. Esta posición no equivalía al entendimiento con los tradicionalistas representados por Ramón Nocedal y el periódico *El Siglo futuro*, que fue quizá su enemigo más enconado. Al mismo tiempo, se alejaban de una solución fundada en el conflicto. La Escuela Social de Zaragoza defendía que la reforma social pasaba por el respeto de la religión, de la propiedad y de la familia<sup>18</sup> y, a la vez como veremos, entendía que medidas como la huelga podían ser lícitas según las circunstancias.

La Escuela Social de Zaragoza se fue creando con naturalidad; es decir, sus miembros habían colaborado desde hacía años en diversas iniciativas sociales de relieve. En efecto, los futuros miembros de la Escuela Social habían formado parte de un proyecto importante al que dedicaron tiempo, esfuerzo e ilusión. Se trató de la organización de las Semanas Sociales que estuvieron organizadas por el grupo de la Democracia Cristiana y contaron con el apoyo de Severino Aznar y sus compañeros, entre otros<sup>19</sup>.

### *Las Semanas Sociales*

Como ya hemos dicho, en España, la aplicación de la doctrina social de la Iglesia se produjo con un cierto retraso y recibió numerosas influencias del extranjero<sup>20</sup>. Así sucedió también con la organización de las Semanas Sociales. Su origen se sitúa en Alemania. En 1890 se crea la *Volksverein für das katholische Deutschland* (Unión Popular para la Alemania Católica) que se propone promover la acción social católica. Esta Asociación organizó en Mönchengladbach un curso de cuestiones sociales que se fue repitiendo en los años siguientes en distintas ciudades alemanas. En 1904, en Lyon, se celebró lo que se llamó la “Semana Social”<sup>21</sup>. Al igual que en Alemania, aún no se trataban temas monográficos, sino que abordaban distintos asuntos sociales según el lugar donde se desarrollaban. El modelo francés fue rápidamente imitado en Holanda, Austria, Polonia, Italia, Bélgica, México, Suiza... antes de 1910<sup>22</sup>.

<sup>18</sup> Cfr. Fitzgerald 1991: 192.

<sup>19</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 255. La tesis no publicada de Domingo Marcos Poveda es el mejor estudio que he encontrado sobre la Escuela Social de Zaragoza. Por ese motivo, la citaré bastante consciente de que ese trabajo no es de fácil acceso para los investigadores.

<sup>20</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 245.

<sup>21</sup> Esas Semanas Sociales organizadas en Francia pretendían ser «una universidad itinerante donde se intercambian experiencias, donde se da una formación social y se proponen reformas de la sociedad». Hilarie 1993: 105.

<sup>22</sup> Cfr. Pérez López 2006: 413-415; Sanz de Diego 2000: 103-113.

Las Semanas Sociales de España iniciaron su andadura en 1906, y en comparación con sus homónimas francesas se han caracterizado por la discontinuidad de su celebración. La vida de las Semanas Sociales de España permite distinguir claramente tres etapas, y con más dificultad una cuarta. La primera se prolonga desde su aparición en 1906 hasta la sexta Semana, celebrada en 1912. En 1933 y 1934 se celebraron las dos Semanas que suelen reconocerse como constitutivas de la segunda etapa. La tercera daría comienzo en 1949 con la celebración de la novena Semana Social. Los mismos protagonistas de las Semanas entendieron inaugurar una nueva etapa en 1974, justamente cuando algunos consideraban que las Semanas habían perdido no sólo la continuidad en la celebración que las caracterizaba desde 1949, sino también su razón de ser. Desde 1974 a 2005 se han celebrado once Semanas Sociales, una media de una cada tres años, aunque los intervalos entre ellas no han sido regulares.

De las cuatro etapas, interesa ahora mencionar la primera, porque fue promovida en parte por los que tiempo después configurarían la Escuela Social de Zaragoza y porque esa iniciativa permitió su colaboración y la exploración de temáticas y soluciones.

Las Semanas nacieron como una especie de relevo a los Congresos católicos y del afán de imitar el modelo alemán y sobre todo el francés. La primera experiencia, en 1906, recibió como en Alemania el nombre de Curso Social, pero al buscar darle continuidad, el consejo de Henri Lorin condujo a cambiar el nombre y llamarlas Semanas Sociales. En la interpretación de Severino Aznar, la razón de que surgieran más tarde en España que en Alemania o Francia era que el socialismo en esos otros países era más «agresivo, rico y culto» que en España y exigió una defensa más pronta y elaborada allí que aquí. Esa organización para la defensa no se alcanzó en España hasta que en 1907 confluyeron tres elementos: primero la constitución de una Comisión permanente de organización de las Semanas –de la que Aznar fue secretario–; segundo, la recogida de experiencias de cómo se habían organizado en Francia; y tercero, el nacimiento de una publicación mensual que apoyaba la idea y le daba continuidad en el tiempo: la revista *La Paz social*, de periodicidad mensual, editada en Zaragoza. Aznar resumió las seis primeras Semanas diciendo que la inicial fue doctrinal, las tres siguientes agrarias y preparatorias para la acción, la penúltima obrera y solemne, y la sexta y última –celebrada en Pamplona– centrada en cuestiones gremiales y laborales femeninas. En esta última surgió una polémica que provocó una interrupción en su celebración. La disputa surgió a raíz de un discurso que produjo el enfrentamiento político entre facciones católicas y causó la suspensión de las Semanas. El discurso en cuestión fue pronunciado por el dominico padre Gerard, y defendía su visión del sindicalismo cristiano: más reivindicativo, exclusivamente para obreros, no confesional y por oficios. En cuanto a la lucha entre facciones católicas, se trató de un intento de reparto de los puestos organizadores de la Semana

entre jaimistas (tradicionalistas carlistas), integristas y conservadores, al que Aznar se opuso frontalmente, en nombre del carácter apolítico de las Semanas.

Las Semanas Sociales tenían unas características que coincidían fundamentalmente con las del grupo de Zaragoza y, principalmente, con el pensamiento de Severino Aznar. Podemos resumirlas en tres. La primera es su apoliticismo, que se consideraba clave para superar las diferencias entre los católicos. La segunda era la fidelidad al magisterio de la Iglesia; se consideraba que constituían un instrumento adecuado para su difusión. Y la tercera era la unión de la dimensión teórica sobre la doctrina social y una mirada profunda a la realidad<sup>23</sup>.

#### LA RESPUESTA EN ZARAGOZA: LA ESCUELA SOCIAL, ACCIÓN SOCIAL CATÓLICA, LA PAZ SOCIAL Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA

La historiografía comparte que la Escuela Social de Zaragoza brindó un modo diferente de afrontar desde el catolicismo los desafíos sociales. Por ese motivo, la descripción (y quizá un breve análisis) de su actuación puede ofrecer luces sobre el aporte que unos católicos procuraron ofrecer. Ya desde ahora se puede destacar que fue una iniciativa desde abajo; es decir, no recibieron un gran impulso desde la jerarquía, sino que fueron ellos los que lograron que algunos eclesiásticos reconocieran y valoraran su trabajo. Pienso, por ejemplo, en el nuncio Federico Tedeschini que los defendió en diversos momentos de las sospechas que albergaban contra ellos algunos obispos.

En efecto, ellos mismos eran conscientes de que surcaban caminos diferentes a los que recorrían otros católicos españoles. Así lo describe en su estudio Carballo López:

Hay otro catolicismo social, alejado tal vez de los planteamientos sociales imperantes entonces en los jesuitas o en la mayoría de los «propagandistas», representado por la figura del catedrático de sociología don Severino Aznar, promotor de las Semanas Sociales Españolas, que entendió la previsión social como un punto de partida y no de llegada, sabedor de que la justicia social demandaba una profunda transformación del orden económico vigente. Se trataba de convertir en exigencias jurídicamente exigibles el salario justo, la participación en beneficios y la universalización de la propiedad<sup>24</sup>.

Severino Aznar y sus compañeros no propusieron nuevos caminos por capricho o novedad, sino que percibían una situación social alarmante<sup>25</sup> y con-

<sup>23</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 246.

<sup>24</sup> Carballo López 2017: 47.

<sup>25</sup> León XIII en su encíclica *Rerum novarum* afirmaba en su primer número: «no sólo la contra-

sideraban que para lograr un cambio duradero debían usar los mismos recursos que los anarquistas, liberales y socialistas: es decir, la propaganda y escenificarlo en la misma sede: la calle. Ese grupo que al principio no tenía nombre acabó con el tiempo configurándose como la Escuela Social del Zaragoza.

### *Escuela Social de Zaragoza*

La Escuela Social de Zaragoza se inauguró oficialmente el 26 de noviembre de 1929 y su primer presidente fue Miguel Sancho Izquierdo. Sin embargo, hay que remontarse a inicios del siglo XX para encontrar las bases que permitieron su fundación a finales de los años veinte. Todos los autores concuerdan con que fueron Severino Aznar y Embid, Salvador Minguijón y Adrián, Inocencio Jiménez Vicente y José Latre Jorro los que fueron construyendo las bases de la futura Escuela Social de Zaragoza. Estos cuatro aragoneses, a los que tiempo después se añadieron Luis Jordana de Pozas, Miguel Sancho Izquierdo, José Gascón Marín, Enrique Luño Peña y algunos otros, se propusieron despertar el sentido social en España. Entre sus objetivos estaba favorecer la comprensión y la fecundidad de la fraternidad cristiana y divulgar las enseñanzas sociales de León XIII recogidas, principalmente, en su encíclica *Rerum novarum*. Ciertamente, al principio no se denominaron escuela y quizás no tuvieron esa intención, pero analizándolo con perspectiva se descubre que ese grupo contenía ya en 1907 los ingredientes necesarios para crear una escuela; es decir, un ideario, el propósito de enseñar y un órgano de publicidad que era la revista *La Paz Social* fundada en 1907 a la que siguió *Renovación Social* en 1924<sup>26</sup>.

### *El ideario de la Escuela Social de Zaragoza*

El horizonte de este grupo de pensadores se alejaba tanto del liberalismo como del marxismo revolucionario y su fuente de inspiración, como ya hemos adelantado, eran las encíclicas sociales de León XIII ya que todos ellos participaban de un profundo catolicismo<sup>27</sup>. Sin embargo, ese fundamento pontificio de su actuación e ideario no evitó el contraste con otras soluciones sociales promovidas por otros católicos. Por ejemplo, se distanciaron de la promoción

tación del trabajo, sino también las relaciones comerciales de toda índole, se hallan sometidas al poder de unos pocos, hasta el punto de que un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios».

<sup>26</sup> Cfr. Fitzgerald 1991: 185-186.

<sup>27</sup> En efecto, León XIII consideraba que la solución de la cuestión social no se encontraba en la lucha de clases, ni tampoco en la solución planteada por el liberalismo. Cfr. Ibáñez Langlois 1987: 235-236.

de los círculos obreros, porque consideraban que la solución que planteaban era de corte paternalista. Según ellos, se trataba de un parche ineficaz al incidir casi exclusivamente en la religión y en la caridad, sin afrontar directamente los desafíos sociales. Severino Aznar sintetizó esa práctica con la siguiente frase: el objetivo de los círculos obreros consistía en fomentar «la caridad en los ricos y la resignación en los pobres», siendo la limosna la principal referencia a esa caridad. Para Aznar ese modo de actuar era reductivo y poco eficaz, al no afrontar la raíz del problema<sup>28</sup>.

En positivo, se podría afirmar que la Escuela de Zaragoza participaba del ideario demócrata-cristiano y en ese sentido era semejante al ideario de la ACdP. Sin embargo, tampoco se identifican del todo con ese grupo, ya que los propagandistas actuaron más desde la política, mientras que los aragoneses decidieron afrontar los problemas sociales desde una acción social directa<sup>29</sup>. En efecto, Aznar y Ángel Herrera Oria, fundador de la ACdP en 1909, compartieron algunos objetivos, pero casi siempre los buscaron por diversos caminos. Eso no evitó que colaboraran en alguna ocasión como en la reanudación de las Semanas Sociales durante la Segunda República. En ese momento Herrera, sobre todo animado por el nuncio Federico Tedeschini y por el consiliario general de Acción Católica Juan B. Luis Pérez, apoyó a Aznar en su proyecto de restaurar las Semanas Sociales en 1933<sup>30</sup>.

Es importante señalar que los promotores de la futura Escuela Social quisieron mantenerse al margen de las cuestiones políticas que provocaban divisiones entre los católicos españoles y concentrarse en los problemas sociales que, según ellos, unían. Sin embargo, no fue sencillo mantener esa distancia ya que para afrontar los desafíos sociales es necesario una política social. Por ese motivo, Minguijón defendió en 1908 alinearse con la realidad social con independencia de quién hiciera las propuestas: «no defender nunca lo malo, aunque nazca en el campo católico, no censurar ni callar sistemáticamente lo bueno, aunque venga del campo contrario. Hágalo quien lo haga, para todo lo bueno, nuestro aplauso; para todo lo que merezca censura, nuestra condenación»<sup>31</sup>.

Los miembros del grupo aragonés se esforzaron por distinguir y no confundir la democracia social que propugnaban con la democracia política que detestaban. El ideario de la Escuela Social postulaba que era importante decir al pueblo lo que le conviene (y no lo que le gustaría escuchar), porque entienden que hay principios indeclinables de orden moral que no pueden quedar al

<sup>28</sup> Cfr. Callahan 2003: 110.

<sup>29</sup> Cfr. Fitzgerald 1991: 187.

<sup>30</sup> Cfr. Crovetto 2021: 331-337; Marcos Poveda 1994: 280-281. Esa colaboración fue compatible con la prevención que Aznar siempre tuvo de que la Acción Católica presidida por Herrera monopolizara toda la acción social en España.

<sup>31</sup> Marcos Poveda 1994: 208.

arbitrio de la mayoría, ni someterse al sufragio de los votos. Se declaraban, pues, demócratas en lo social, pero no demócratas en lo político. Esta opción les atrajo algunas críticas.

Los miembros de la Escuela Social de Zaragoza no eran los únicos que compartían ese ideario social y su método. Otros católicos como el canónico asturiano Maximiliano Arboleya, los dominicos Gerard y José Gafo, el agustino Bruno Ibeas y el jesuita Palau tenían ideas muy similares y colaboraron en algunas iniciativas sociales del grupo. De todos ellos, el que quizá sintonizó más con el ideario de zaragoza fue el canónigo Arboleya<sup>32</sup>. Ambos (Aznar y Arboleya) desarrollaron un importante papel en la promoción y posterior restauración de las Semanas Sociales en España. Aunque en honor a la verdad hay que reconocer que estuvieron bastante aislados y, en general, no estaban bien vistos por el resto de católicos. Como anécdota se puede recordar la denuncia que recibió el grupo de la Democracia Cristiana ante la Sante Sede y las reservas que periódicamente despertaban las actuaciones y los escritos de Arboleya o Gafo.

Por otro lado, como ya hemos adelantado, no se puede afirmar que tuvieran un pensamiento original y revolucionario, ya que era deudor de las ideas desarrolladas por católicos en Francia, Bélgica e Italia, pero sí se puede afirmar que fueron pioneros en España donde ese pensamiento no había llegado. Ya fuera por la novedad o por otras razones, encontró muchas dificultades para calar en el ambiente hispano de los años veinte y treinta<sup>33</sup>.

¿En qué consistía el pensamiento de la Escuela Social? Los promotores de la Escuela se propusieron impulsar que los patronos trataran a sus trabajadores como hermanos, y la consecuencia lógica de ese comportamiento sería que nunca se negarían los derechos que por justicia les correspondían. La meta era crear una mentalidad en los patronos que les ayudara a salir al encuentro (y no mirar a otro lado) de la situación de miseria en la que se encontraban muchos obreros. Según el grupo aragonés, esa situación penosa de los trabajadores no se podía resolver con acciones individuales loables como la limosna, sino con soluciones globales que contrastaran eficazmente la injusticia creada en la vida de tantas personas.

Esa propuesta no era sencilla de aplicar y en 1934, Severino Aznar advirtió que el ambiente revolucionario existente en España se justificaba por la actitud de los industriales que, al no haber aplicado los principios de la Escuela de Zaragoza, no habían afrontado las injusticias sociales y ahora pagaban el desorden

<sup>32</sup> «La relación de Arboleya con los hombres de la Escuela Social de Zaragoza a partir de 1910 es muy frecuente, se tienen catalogadas hasta 330 cartas de Aznar a Arboleya». Marcos Poveda 1994: 239.

<sup>33</sup> Cfr. Fitzgerald 1991: 190-191. Por ejemplo, el pensamiento de Jacques Maritain no llegó hasta mediados de los años treinta. Cfr. Garrigues 2016: 511-532.

causado por los sindicatos revolucionarios que sí habían tenido en cuenta la difícil situación en la que vivían y trabajaban muchos obreros:

Los patronos industriales que trataron con desdén, que hostilizaron a los sindicatos obreros católicos, han sido ahora víctimas de los sindicatos obreros revolucionarios y de las sociedades de resistencia. Víctimas serán también esos propietarios rurales que niegan el trabajo y persiguen a los obreros del campo que quieren organizarse en sindicatos obreros puros. [...] Es de temer que su ceguera tenga una expiación terrible, que alcance a muchos inocentes. ¡Cuántas veces les he recordado esto, avergonzándolos, a patronos de Barcelona, Zaragoza y Valencia!<sup>34</sup>

De fondo, Aznar estaba insistiendo en la necesidad de aplicar soluciones sociales a los problemas sociales, diferenciando la acción benéfica de la acción social. La acción benéfica hace bien al que la realiza, pero no resuelve la cuestión social que necesita de organización y de soluciones sociales concretas, no de la limosna puntual.

La acción social consistiría, según Latre, en crear instituciones eficaces que puedan resolver los problemas de los trabajadores:

La elevación de los humildes y de los pobres por el esfuerzo de ellos mismos, por la actividad de su propio valer, poco o mucho, por su colaboración a la labor de quienes por ellos se interesan... Está un obrero parado, le da usted su socorro, eso es caridad; recibe un socorro del sindicato a que pertenece, eso es acción social. Asistir a los enfermos, es obra de misericordia; asistirlos por el seguro contra la enfermedad, es obra social. Levantar un asilo para los ancianos, caridad; establecer cajas para la vejez, acción social...<sup>35</sup>.

Este modo de pensar provocó la reacción de parte de la alta sociedad española y católica que confundía la defensa de la justicia social con el socialismo subversivo<sup>36</sup>. En general, se quejaban de que en ese campo solo se exigía a los hacendados, mientras que no se pedía nada a los trabajadores y los pobres. Argumentaban que todas las clases sociales podían contribuir para construir esa paz social que, se quejaban, parecía que solo ellos podrían lograr.

Uno de los propósitos más claros, al que ya hemos hecho referencia, fue la necesidad de la participación personal. Es decir, la unión entre ciencia y acción,

<sup>34</sup> Aznar 1934: 540.

<sup>35</sup> Latre 1909: 414.

<sup>36</sup> Quizá por ese motivo, el marqués de Comillas ante los problemas económicos de la revista *La Paz Social* decidió comprarla en 1910 y sustituir al director (Enrique Reig en lugar de Severino Aznar). Los artículos publicados desde entonces fueron cada vez menos beligerantes. Cfr. Marcos Poveda 1994: 206.

entre ideas y su aplicación práctica. Trabajaron con el objetivo de lograr que la familia, el municipio, el Estado, las costumbres y las leyes fueran cristianas. Para alcanzarlo era perentorio superar una apatía, un indiferentismo cómodo o una inactividad cobarde que detectaban en el ambiente que les rodeaba. Para influir en ese contexto, se animaron a crear la revista de asuntos sociales *La Paz social*, una paz que alcanzaría a todas las clases sociales y que promovería ideas e iniciativas que favorecieran tanto la armonía para las clases pudientes como también para los trabajadores y sus familias.

### *El propósito de enseñar de los miembros de la Escuela Social de Zaragoza*

Un requisito necesario para que el grupo lograra transformarse en escuela era gozar del propósito de enseñar. Estos católicos aragoneses compartían la inquietud de difundir sus conocimientos en la sociedad española y actuaron en coherencia con ese deseo. Como hemos visto, consideraban que el catolicismo social español del siglo XIX era poco crítico. De una parte, recomendaba a los pudientes que vivieran la caridad, y a los pobres la resignación. El bien que se buscaba defender era mantener la paz social y evitar la lucha de clases. De ahí, que insistieran en la conveniencia de encontrar colaboradores que favorecieran la continuidad de sus enseñanzas y proyectos.

En 1913 Severino Aznar, que como estamos viendo se puede definir como uno de los maestros sociales españoles, relataba en un libro una anécdota que había escuchado. Se trataba del comentario de un misionero que acababa de regresar a Madrid tras pasar dieciocho años entre China y Colombia, que afirmaba:

Hay municipios como este de Madrid, por ejemplo, en el cual hay unos socialistas que se llaman anticatólicos y que dan ciertos ejemplos de austeridad, y hay otros que se llaman católicos, que se indignarían de que se les negara ese título, y dan frecuentes ejemplos de chanchullos en las elecciones, de compadrazgo e inmoralidad en la administración, del soborno, del reparto de credenciales, de mil complicidades que infaman... ¿No es esto horrible? Nosotros [los católicos] debemos ser los más delicados, los más decentes, los más honrados, y si no, es mentira que seamos buenos católicos, y hacemos a nuestra religión más daño que sus más sañudos enemigos<sup>37</sup>.

Esa contradicción detectada por el misionero y observada también por los miembros del grupo es lo que fomentó el deseo de difundir entre los católicos españoles la necesidad de lograr una coherencia en la vida cristiana: unir la teoría, la doctrina católica, y la participación litúrgica, la asistencia a la celebración eucarística, con la práctica, es decir, la aplicación de la justicia social. Este fue

<sup>37</sup> Aznar 1931: 204-209.

uno de los caballos de batalla durante esos años. O, con otras palabras, carecía de sentido vivir una moral católica desgajada de la realidad social, como si una no tuviera nada que ver con la otra.

Poco a poco, algunos católicos fueron desarrollando esa preocupación social y comenzaron a criticar esos comportamientos. En concreto Aznar se lamentaba de lo que consideraba un error, atribuible a Donoso Cortés, que consistía en confundir la caridad con la limosna y promover la solución de la cuestión social a donativos esporádicos. La propuesta de los hombres que configurarían la Escuela de Zaragoza era desarrollar la justicia en ambientes sociales, cuestión que, gracias a la encíclica *Rerum novarum*, se había empezado a difundir también en ambientes católicos<sup>38</sup>.

La Escuela Social de Zaragoza quiso inspirarse en estos principios que fomentaban una política de prevención de los males para, poco a poco, evitar que se pudiese dañar la justicia social. En un país católico, como España, denunciaban que algunos patronos católicos cometían injusticia social y tranquilizaban su conciencia con su colaboración en obras de caridad y beneficencia. De tal manera que se consideraban buenos católicos<sup>39</sup>.

Uno de los organismos que puso de manifiesto ese deseo de enseñar y de transmitir unos principios fue la organización de las Semanas Sociales en 1907. Esos encuentros se convirtieron en punto de referencia y en una de las iniciativas más importantes que sirvieron como un eficaz instrumento para despertar ideas sobre la doctrina social cristiana y proponer soluciones concretas en orden a combatir las injusticias sociales. Su fin principal no fue otro que despertar en el pueblo el sentido social.

Estos pioneros buscaron el modo de llegar a todo tipo de público y ciertamente el mundo obrero era prioritario. En efecto, estaban convencidos de que el mejor propagandista para ganar obreros al catolicismo era el propio obrero católico, este llegará donde el sacerdote, el diputado, el escritor, el sociólogo no pueden llegar. De ahí que buscasen formar una élite de obreros católicos que, con su prestigio, técnico y de honradez humana, unido a su instrucción, abnegación y desinterés, pudieran realizar esa misión entre sus compañeros de fábrica. De hecho, los miembros de la Escuela consideraban que era a través de otros obreros como se estaban difundiendo las ideas socialistas y comunistas en

<sup>38</sup> En realidad, León XIII en *Rerum novarum* no menciona el término “justicia social”, que empleará Pío X y tematizará Pío XI, pero sí considera que el Estado debería ser el encargado de evitar las injusticias sociales. Cfr. Ibáñez Langlois 1987: 212-213. Mientras que la Iglesia tendría confiada la caridad, sin separar las dos dimensiones que redundarían en el bien de los trabajadores. Cfr. León XIII 1891: n. 17.

<sup>39</sup> Fruto quizás de una visión reducida del concepto de caridad social fundamentado en santo Tomás de Aquino. Para comprender el significado de ese término en el Aquinate, cfr. Ibáñez Langlois 1987: 214-217.

ese ámbito. Esto es así porque son los obreros los que hablan su propio lenguaje y sufren las mismas injusticias. Este esfuerzo por la formación de obreros era prioritario, porque observaban que era cada vez más patente el alejamiento del pueblo obrero de los postulados cristianos, realidad que será una de las constantes del siglo XX<sup>40</sup>.

Otra minoría que consideraban necesario formar era la del clero. Muchos consideraban al sacerdote como el eje por el que pasaba la difusión de la justicia social. Por ese motivo, centraron parte de sus esfuerzos en cuidar la formación social de los seminaristas. En esa línea, el obispo de Madrid encargó en 1907 a Severino Aznar la cátedra de Problemas sociales en el Seminario de su diócesis. Y en 1910 el cardenal Aguirre hizo obligatoria la cátedra de Sociología para todos los seminarios de España. Es interesante que el episcopado recurriera a miembros de este grupo cuando quería promocionar la doctrina social. Sin duda esas experiencias colaboraron a crear las bases de la futura escuela.

Esa preocupación por la difusión de su ideario, se concretó también en iniciativas de carácter político, como fue su colaboración en la formación del Grupo de la Democracia Cristiana en 1919 y del Partido Social Popular en 1922. En honor a la verdad, hay que reconocer que no todos participaron en esas iniciativas. Por ejemplo, Aznar se mantuvo al margen. Pero también es cierto que Salvador Minguijón, el miembro del grupo con mayor capacidad política, sí participó activamente. Subyacía la idea de que sería un buen instrumento para desarrollar y aplicar su pensamiento social. Su propósito era defender lo que denominaron como programa mínimo, de tal manera que la defensa de la justicia social no se viera perjudicada por la variedad de opciones políticas. Con este objetivo querían sumar a su proyecto el mayor número de católicos posible, incluidos los integristas.

### *La revista La Paz Social como órgano de publicidad de la Escuela Social de Zaragoza*

Además de las Semanas Sociales, que duraban una semana como su nombre indica y tuvieron su repercusión en la sociedad, pronto se hizo patente la utilidad de un medio ulterior que divulgara los contenidos de su ideario a un público más amplio y variado. Esos fueron los objetivos principales que motivaron la publicación de la revista *La Paz Social* fundada en 1907 por los cuatro aragoneses, Severino Aznar, Salvador Minguijón, José Latre e Inocencio Jiménez. Los miembros de ese cuarteto consideraban que las Semanas no eran suficientes y al albergar una cierta experiencia en el campo de la propaganda se lanzaron en ese proyecto. Todos gozaban ya de una cierta experiencia en el mundo perio-

<sup>40</sup> Cfr. Aznar 1949: 257.

dístico, principalmente lo habían desarrollado en la revista *El Pilar* de Zaragoza, cuyo director fue José Latre desde 1911 hasta 1949 y en el *Noticiero* publicado también en la capital aragonesa<sup>41</sup>. De hecho, todos ellos habían desarrollado una experiencia en medios de comunicación; por ejemplo, Aznar reconocía que «el arma que más especialmente esgrimí fue la hoja del periodista»<sup>42</sup>. Minguijón, por su parte, fue periodista y maestro de periodistas y durante toda su vida colaboró con la prensa publicando artículos y colaboraciones<sup>43</sup>.

Como no podía ser de otra manera, desde el primer número de la revista se notó la preocupación de difundir la doctrina contenida en la encíclica de León XIII *Rerum novarum*<sup>44</sup>. En efecto, la revista –que tenía una periodicidad mensual– estaba inspirada en los principios de la doctrina social de la Iglesia y pretendía alcanzar una amplia difusión, ya que eran conscientes de la necesidad de un cambio «ante la progresiva descristianización del grupo más numeroso de la sociedad que era el proletariado»<sup>45</sup>. Esa era una de las preocupaciones del grupo, y desde el principio consideraron la revista como un medio que podía constituir un buen modo de despertar la conciencia social de los católicos españoles. Uno de los caminos que recorrieron fue presentar obras sociales promovidas por católicos que pudieran inspirar a los católicos españoles menos proactivos<sup>46</sup>.

La historia de *La Paz Social* sufrió un cambio importante a los tres años de su fundación. En efecto, hasta enero de 1910 Severino Aznar fue su director y la revista acogió contribuciones novedosas hasta el punto de convertirse en pocos años en una de las revistas sociales de mayor circulación de Europa. Sin embargo, su opción por la lucha por la justicia y la caridad le valió la enemistad de algunos católicos más conservadores, como el marqués de Comillas, que aprovechó los problemas económicos por los que atravesaba la revista para hacerse con su propiedad y cambiar su director en enero de 1910. De esa manera, durante el invierno de 1909-1910 los promotores tuvieron que vender la revista por las dificultades económicas y Claudio López Bru, marqués de Comillas, la compró y desplazó a los miembros del grupo aragonés. Desde ese año la edición corrió a cargo del Consejo Nacional de las Corporaciones Católico-Obreras y perdió parte de su fervor inicial<sup>47</sup>.

<sup>41</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 204.

<sup>42</sup> Cit. en Marcos Poveda 1994: 200.

<sup>43</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 202.

<sup>44</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 204.

<sup>45</sup> Marcos Poveda 1994: 205.

<sup>46</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 206. Esa misma táctica se había promovido en Francia, donde las revistas sociales publicaban reseñas de los movimientos católicos sociales italianos y belgas. Cfr. Hilarie 1993: 104.

<sup>47</sup> Cfr. Andrés-Gallego 1984: 382-384; Andrés-Gallego, Pazos 1993: 58; Marcos Poveda 1994: 207; Andrés-Gallego 2023: 204.

En cualquier caso, en su primer número ya dieron a conocer y resumieron sus objetivos y la motivación profunda que los movía: sentían la necesidad de difundir en España los ideales del catolicismo social; veían claro la urgencia de un «cambio en los planteamientos», que en su opinión se desarrollaban en «convivencia burguesa con el orden establecido». Con un espíritu crítico y constructivo se propusieron «despertar la conciencia social de los católicos que hasta entonces estaba aletargada»<sup>48</sup>.

El cambio de dirección en 1910 frustró en un primer momento a los miembros del grupo, y estos buscaron el modo de difundir su programa de otra manera. No fue hasta 1924 cuando lograron crear una nueva revista que defendiera su ideario. Se trató de la revista *Renovación Social* y su director fue nuevamente Severino Aznar. Durante los primeros años varios miembros del Grupo de la Democracia Cristiana colaboraron activamente. Fundada en Madrid, al año siguiente se trasladó a Oviedo, pasó a ser quincenal y a estar dirigida por Maximiliano Arboleya. Al igual que *La Paz Social*, su objetivo fue difundir la doctrina social de la Iglesia y empleó asimismo un lenguaje combativo y poco conservador, que según sus promotores había perdido *La Paz Social*<sup>49</sup>. En su primer número describían sus objetivos con las siguientes palabras «orientaba, informaba lealmente, divulgaba sabias doctrinas, denunciaba peligros, proponía iniciativas, abría una ruta, formaba... a los demás hombres de acción social del mañana»<sup>50</sup>.

Se trató, esta vez, de una revista dirigida a capitalistas que deseaban conocer y aplicar la doctrina social de la Iglesia y tuvo desde el principio la oposición de algunos católicos que no compartían ni el fondo ni las formas de los autores. La revista mantuvo su cabecera hasta 1931 cuando fue sustituida de nuevo por *Asturias Agraria*, a la que había reemplazado en 1925<sup>51</sup>.

En paralelo al inicio de las Semanas Sociales y a la creación de *La Paz Social* se fundó la Biblioteca La Paz Social, que compartía el objetivo de la revista homónima: «la vulgarización económica de folletos y libros sociales»<sup>52</sup>. Cuando Aznar dejó la dirección de la revista, decidió dedicar más tiempo al relanzamiento de la Biblioteca y se propuso editar y traducir obras que contrarrestaran ediciones anticatólicas muy difundidas entonces. Entre los autores publicados podemos destacar a Giuseppe Toniolo, Heinrich Pesch, Víctor Brants, etc., que fueron pioneros en el catolicismo social en sus respectivos países y ofrecían ideas y proyectos interesantes para los católicos españoles.

<sup>48</sup> Marcos Poveda 1994: 205.

<sup>49</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 214 y 238.

<sup>50</sup> Cit. en Marcos Poveda 1994: 214.

<sup>51</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 218.

<sup>52</sup> Marcos Poveda 1994: 218.

A pesar de las dificultades que tuvo la revista, su publicación influyó en la formación del grupo al permitir que todos ellos colaboraran con sus artículos en la redacción del semanal. Incluso en la II Semana Social celebrada en Valencia se tomó la decisión de designar a *La Paz Social* como su órgano oficial de propaganda<sup>53</sup>.

### *Evolución de las reivindicaciones de los miembros de la Escuela de Zaragoza*

El objetivo de estas páginas es principalmente desarrollar las ideas predominantes en los años veinte en Zaragoza. Para ello, hemos elegido estudiar el pensamiento de los hombres de la denominada Escuela de Zaragoza. En ese sentido, hemos destacado los principios básicos que rigieron la Escuela en esa década, pero, en honor a la verdad, tenemos que exponer que hubo una evolución en su pensamiento. Con el paso de tiempo y el cambio en las circunstancias políticas y sociales los miembros de esa Escuela fueron matizando y desarrollando su pensamiento. Esa evolución se produjo en torno a cuatro conceptos: el dilema entre verticalismo y horizontalismo de los sindicatos; el derecho a la huelga; la confesionalidad de las organizaciones católicas; y la libertad sindical.

Desde los inicios de la Escuela en 1907, sus miembros eran partidarios del sindicalismo puro, pero al mismo tiempo manifestaron su preferencia con prudencia. El camino que recorrieron fue publicar artículos en *La Paz Social* dando noticias de la eficacia de los sindicatos puros, en contraposición a los sindicatos mixtos<sup>54</sup>.

En su correspondencia privada, sí fueron más explícitos y, por ejemplo, Severino Aznar en una carta enviada al Padre Vincent<sup>55</sup> en 1907 afirmaba que los sindicatos puros serían más eficaces «porque civilizarán, porque serán un manantial inagotable de bienestar para el pueblo, porque prepararán una organización social más razonable que la actual, porque harán posible la cultura general y la cultura profesional, porque harán más fuertes a los débiles y más débiles, impotentes a los caciques, a los usureros y a toda suerte de usurpadores y tiranos, porque cristianizarán además»<sup>56</sup>.

Años más tarde, en 1923, Aznar se lamentaba de que, al no haber sido escuchado en su reivindicación, los obreros se habían alejado de la Iglesia y esta había padecido el látigo del sindicalismo revolucionario. Y de hecho, desde algunos años antes, Severino Aznar se convirtió en un audaz defensor de los sindicatos puros, al considerar que «el bien común de los sindicatos, y el bien

<sup>53</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 259.

<sup>54</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 352.

<sup>55</sup> Datos biográficos en Sanz de Diego 2001: 139-142.

<sup>56</sup> Cit. en Marcos Poveda 1994: 354.

común de los patronos no conviene con frecuencia con el bien común de los obreros; el del patrono es disminuir el coste de producción y, por tanto, disminuir el salario; el del obrero consiste en sacar la mayor ganancia a su trabajo y, por tanto, en aumentar el salario. Si el sindicato sirve a uno es a costa del otro; no sirve para los dos. Tienen, pues, que organizarse aparte, y entonces los dos responderán a sus fines»<sup>57</sup>.

Sin embargo, en 1937 Aznar vuelve a cambiar de opinión. Esta vez para convertirse en defensor del sindicalismo vertical con el fin de evitar la lucha de clases que, según él, se favorecía en los sindicatos puros. Abolir la lucha de clases era su objetivo y por eso comenzó a defender un sindicalismo mixto matizado, convencido de que «los sindicatos puros y paralelos son organizaciones de unión de todos los obreros frente a todos los patronos para defender sus intereses antagónicos y esto no elimina la lucha de clases. Sin embargo, el sindicalismo vertical hace de patronos y obreros un solo ejército para conquistar la mayor potencia posible de la nación y el mayor bienestar posible de su pueblo»<sup>58</sup>.

Este cambio de opinión se fundamentaba en el cambio de las circunstancias sociales. A su juicio, una vez que se había establecido un régimen corporativo había cesado la conveniencia del sindicato puro, haciendo más conveniente el sindicalismo mixto<sup>59</sup>. Ese es el camino que consideraba adecuado para lograr la paz social, porque opinaba que el franquismo ofrecía la posibilidad de implantar su ideario de reforma social. De tal manera, que ha sido considerado como uno de los inspiradores del sindicalismo vertical en el régimen de Franco<sup>60</sup>.

### *El derecho a la huelga*

Severino Aznar y sus compañeros defendieron, en contra de la opinión mayoritaria entre los católicos, el derecho a la huelga como un medio defensivo contra los patronos injustos incluso antes de su aprobación legislativa en 1909. No era un derecho absoluto; se aconsejaba solo cuando era el único modo de defender los derechos de los trabajadores. Se fomentaba en un primer lugar favorecer los medios de arbitraje y acudir a la huelga si estos fallaban. Aznar publicó en *La Paz Social* que la huelga era un derecho natural, ya que el trabajador tenía el derecho de ser propietario de su propio trabajo. Pero no defendían ni la lucha de clases, ni la opinión que acusaba a los patronos de ser unos ladrones del trabajo ajeno, por lo que cualquier acción que les dañara sería buena<sup>61</sup>.

<sup>57</sup> Cit. en Marcos Poveda 1994: 356.

<sup>58</sup> Cit. en Marcos Poveda 1994: 357.

<sup>59</sup> Aznar en 1928 afirmaba que «el régimen corporativo ha sido para mí una de las ideas centrales de la reforma social en España casi desde comienzos de siglo». Cit. en Aznar 1946: 196.

<sup>60</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 358-359.

<sup>61</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 359-361.

Los miembros de la Escuela consideraban que también los patronos podían contribuir a la mejora social, con la oferta de empleo, y defendían la existencia de unos intereses comunes. Por esos motivos, dictaron unos criterios que ayudaran a valorar la moralidad del derecho a la huelga. Como principio de fondo, recordaron al axioma que el fin no justifica los medios, que pone en entredicho el uso de la violencia para conseguir un bien. De la misma manera, descartaban que se pudiera equiparar al patrón con un ladrón, por el simple hecho de ser propietario. A la vez, consideraban necesario recordar que el odio no es cristiano y, por lo tanto, no convenía odiar ni a las personas ni a una determinada clase social. La conclusión que se deduce de estos razonamientos es que los sindicatos católicos no pueden declarar huelgas injustas, ni promover sabotajes, etc. Sin embargo, los sindicatos sí deberían reclamar al Estado leyes que tutelen los derechos de los trabajadores y exigir a las clases propietarias su cumplimiento<sup>62</sup>.

Con el paso del tiempo, los miembros de la Escuela de Zaragoza fueron matizando cada vez más las condiciones que permitirían el derecho a la huelga, y fomentando las medidas solidarias y de colaboración entre capital y trabajo. Ya en 1932, Aznar escribía contra la oportunidad de la huelga. «Porque va en contra su carácter social, parecen, por ejemplo, ilícitas e ilegales las huelgas del trabajo en los servicios públicos y las huelgas revolucionarias. En esos casos el trabajo no es servicio social, sino agresión social. En vez de servir de algún modo a la sociedad, pone en peligro unas veces la normalidad de vida, otras su vida misma»<sup>63</sup>.

El fortalecimiento de los sindicatos fue también un motivo para restringir el uso de la huelga como medio de presión, al considerar que los sindicatos tenían otros medios más eficaces y menos dañinos para la paz social. En el fondo promocionaron la creación de un régimen corporativo como mejor camino para resolver las tensiones sociales. Aznar consideraba que el régimen corporativo podría cegar las fuentes que producen las huelgas. Se refería a la injusticia producida por la codicia de los patronos y al odio promovido por la lucha de clases. Al mismo tiempo reconocía que mientras no se implantase ese régimen la huelga seguiría siendo un derecho de los trabajadores.

Hubo que esperar a 1937, para que según Aznar se crearan las condiciones necesarias para defender que el derecho a la huelga ya no tenía sentido, ya que la fortaleza de la organización profesional se bastaría para defender a los débiles de los abusos de los poderosos. Esta opción de Aznar parece ingenua y él mismo es consciente al añadir que «si los patronos siguen dando salarios de hambre»

<sup>62</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 362.

<sup>63</sup> Cit. en Marcos Poveda 1994: 363.

o cometiendo injusticias, la lucha de clases solo había desaparecido de palabra, pero no en la realidad, y, por tanto, la huelga se manifestaría necesaria en ese contexto<sup>64</sup>.

### *La confesionalidad*

El debate sobre la confesionalidad o no de las obras sociales se aceleró a partir de los años veinte al constatar que los obreros católicos se adherían a sindicatos dirigidos por socialistas y revolucionarios. Los católicos que se dedicaban a la acción social defendían posiciones contrarias. Unos, como Gerard, Arbolea, Aznar, Gafo, Ibeas, defendían los sindicatos puros, no confesionales, mientras que la opinión mayoritaria entre los católicos era partidaria de los sindicatos confesionales.

Para dirimir esta cuestión, Aznar se apoyó en Giuseppe Toniolo que había propuesto una clasificación en tres grados de confesionalidad en las obras sociales.

En primer lugar, estarían los organismos sociales que por Estatutos únicamente admiten a católicos practicantes. Para Severino Aznar estos equivalen a las cofradías y según él en España no había ninguno con esas características.

En segundo lugar, Toniolo describió un organismo en el que, siempre según los Estatutos, sus miembros fueran todos católicos, aunque sin comprobar su práctica religiosa. Aznar reconoce que este modelo encaja perfectamente con los sindicatos agrícolas de España. En ocasiones estos sindicatos habían sido acusados de ineficaces y de parecerse más a una cofradía que a una organización sindical. Sin embargo, Aznar consideró en todo momento que estos sindicatos eran fruto de la libertad de asociación tutelada por el Estado.

Finalmente, en tercer lugar, el católico italiano describía el sindicato preferido por los miembros de la Escuela de Zaragoza. Es decir, aquel que reunía, según sus Estatutos, a personas que se comprometían a comportarse de acuerdo con los principios de la moral cristiana y, en consecuencia, a respetar la familia y la propiedad, pero sin exigirles una declaración de fe. Esta opción era parte de una táctica que permitiría ampliar la base de potenciales miembros del sindicato que el padre dominico Rutten había aplicado con éxito en Bélgica.

Un ulterior aspecto que vale la pena señalar es que los hombres de la Escuela de Zaragoza preferían no incluir el apellido católico a los sindicatos, ya que consideraban que bastaba una confesionalidad implícita. En cualquier caso, cuando el cardenal Guisasola solicitó que se incluyera, lo aceptaron<sup>65</sup>.

<sup>64</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 365.

<sup>65</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 369.

*Acción Social Católica en Zaragoza*

Ciertamente, además de la Escuela Social en Zaragoza existía también una Acción Social que procuró dar solución a problemas concretos. Esos esfuerzos que habían comenzado ya a finales del siglo XIX, se concretaron más tarde. En efecto, ya en 1918 la junta directiva de la Acción Social Católica (ASC), presidida por Mariano del Pano, había logrado alquilar una casa en la calle Espoz y Mina, 36, que se convirtió en su domicilio social. Ese hecho fue el detonante y la continuación de diversas iniciativas sociales. Como ya se ha dicho, Zaragoza atravesaba un periodo marcado por el paro, la miseria, el hambre, epidemias, atentados y numerosos conflictos sociales. De ahí que la acción social se considerara prioritaria para un buen grupo de católicos bastante activos y comprometidos.

Desde la ASC se promovió una colecta en 1918 con el objetivo de paliar algunas necesidades. El dinero recogido ascendió a la módica cantidad de 1.000 pesetas y se destinó a las Conferencias de San Vicente de Paul. En concreto sirvió para comprar 120 mantas, bufandas y ropa interior. No se trató de un gran objetivo, pero fue un primer paso al que, como veremos, siguieron muchos otros. Meses después la ASC recibió un generoso donativo anónimo de 13.000 pesetas que se destinó para crear una Tahona Social en la que se vendiera pan a bajo costo durante los meses de diciembre 1918 a marzo de 1919. Ese pan se denominó “el pan de la Virgen del Pilar”. Gracias a esa iniciativa se vendieron cerca de mil kilos de pan diarios a un precio más económico, del que se beneficiaron cerca de quinientas familias de trabajadores.

En paralelo a esa actividad, Mariano del Pano promovió desde noviembre de 1918 la creación de un Economato (un servicio de venta de alimentos). Recibió el nombre de “La Bienhechora del Hogar” que comenzó vendiendo vino y aceite. En febrero de 1920 el economato estaba en condiciones de proporcionar a las familias toda clase de comestibles e incluso carbón, a precios muy convenientes<sup>66</sup>.

Desde la Acción Social Católica se quiso abordar el gravoso problema de la vivienda para las familias de las clases trabajadoras. La ASC fue una institución más que procuró salir al paso de esa necesidad. Entre 1914 y 1923 se construyeron catorce “casas baratas”. Sin duda no resolvió el problema, pero sí ayudó a esas familias en un aspecto fundamental para su dignidad.

Además de los trabajadores, la educación de los niños se vio afectada por la grave crisis económica. Desde 1911 existía una escuela para ochenta niños dirigida por José Ballonga. En 1918 se decidió dar continuidad a esas clases en vacaciones con la formación de una colonia de verano. La primera de todas ellas se celebró en San Sebastián en agosto de 1918. Para financiar esos proyectos la

<sup>66</sup> Cfr. Estarán Molinero 2003: 307.

ASC fomentó la celebración de festivales, principalmente durante el invierno, en el que lo recaudado por asistir a las representaciones teatrales sirvió para patrocinar algunas de las iniciativas sociales promovidas por la ASC.

Un ulterior grupo social necesitado estaba conformado por los enfermos que, tras la epidemia de gripe iniciada en 1917, había aumentado. Para paliar esa carencia se destinaron fondos para la prestación de mutualidades que ayudaran a atender a los enfermos en esas circunstancias. Asimismo, promovieron los llamados “Retiros para la Vejez” que llegó a tener 66.900 inscritos en 1923.

### *El sindicalismo promovido por los hombres de la Escuela Social de Zaragoza*

El grupo de aragoneses que formarán la Escuela Social se decantaron por la promoción de la línea reformista del sindicalismo español que defendía la libertad sindical, en lugar de la línea conservadora. Estas dos opciones distintas y divergentes se desarrollaron desde principios del siglo XX.

La línea conservadora contaba con el respaldo del marqués de Comillas y heredó la experiencia de los Círculos de Obreros del Padre Vincent, los cuales mantenían un carácter confesional y tenían escaso poder reivindicativo. Esta limitada disposición a la lucha estaba condicionada por la colaboración económica de los patronos. No parecía sensato oponerse a quienes financiaban en gran medida el sindicato. A pesar de esto, lograron una amplia difusión y consiguieron establecer la Confederación Católica Agraria<sup>67</sup>.

Por otra parte, la corriente reformista buscó su independencia y se distanció de la influencia patronal con el objetivo de fortalecer la confianza en la acción de los trabajadores. Además, no exigieron la práctica religiosa a sus afiliados. Buscaban abordar los problemas por una vía diferente. Mientras que los primeros confiaban en la buena voluntad de los patronos, los segundos buscaban la justicia directa y aspiraban a poner fin al paternalismo de los primeros. Por ese motivo no rechazaron la huelga como medio para conseguir mejoras, aunque sí evitaron la violencia como método para solucionar los conflictos laborales.

Los fundadores de la Escuela Social eligieron este modo de actuar al detectar que algunos obreros católicos acudían al Círculo porque les brindaba formación religiosa, pero al mismo tiempo se afiliaban a la Unión General de Trabajadores (UGT) porque les defendía mejor en los conflictos laborales. Esa realidad les abrió a otro modo de actuar, proponiendo incluso los sindicatos puros, porque consideraban que el Consejo Nacional de las Corporaciones Católico-Obreras mantenía una actitud estática y conformista<sup>68</sup>.

<sup>67</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 291-293.

<sup>68</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 295-297. «La acción social no puede ser una acción de tutela y

En un primer momento los esfuerzos del grupo de aragoneses se centraron en los sindicatos agrícolas, aunque no abandonaron los industriales. Hubo varios motivos que favorecieron que los católicos priorizaran el campo a la industria, el primero que en esos años la mayoría de los trabajadores eran campesinos y en su mayoría católicos, mientras que los trabajadores de la industria eran minoría y estaban más influidos por los sindicatos revolucionarios. La consecuencia de esa elección fue que los católicos se fueron retirando del mundo industrial<sup>69</sup>.

Pero como decíamos, el grupo de Zaragoza no abandonó del todo la industria y, por ejemplo, Inocencio Jiménez publicó en 1909 el *Vademécum del propagandista de Sindicatos obreros* que pretendía dar ideas para la propaganda y la organización de esos sindicatos<sup>70</sup>.

### *Unión de Sindicatos Obreros Católicos*

La Unión de Sindicatos Obreros Católicos (USOC) se fundó en 1909 con cuatro secciones (arte de la madera, metalúrgico, arte del libro y oficios varios) y fue creciendo poco a poco. En los años veinte agrupaba a un millar de trabajadores<sup>71</sup>. Sus métodos, más conciliadores que reivindicativos, resultaban anticuados ante el auge de los sindicatos socialistas y anarquistas. Por ese motivo, fueron años bastante complejos, ya que esos sindicatos no compartían sus criterios y presionaban a los propietarios con amenazas de huelga si no despedían a los obreros afiliados al USOC<sup>72</sup>.

Una década más tarde, el grupo de Zaragoza apoyado por Arbolea y el cardenal Guisasaola, se movió para promover la unión de los sindicatos católicos. Para lograrla había que poner de acuerdo a los sindicatos libres y a los tradicionales dependientes en su mayoría de los jesuitas como Nevares. A pesar de las gestiones realizadas no se consiguió alcanzar un acuerdo, ya que numerosos católicos consideraban que los sindicatos libres eran de izquierdas. El marqués de Comillas era de la opinión de que para el bien de los trabajadores era perentorio la participación activa de los patronos en los sindicatos; sin embargo, los sindicatos libres reivindicaban precisamente todo lo contrario<sup>73</sup>.

Las negociaciones continuaron hasta el punto que parecía que iba a ser posible lograr la unión durante el Congreso Obrero Nacional de 1919. Sin

protección: ha de ser una acción reivindicadora, ha de basarse principalmente en la justicia si quiere ser fecunda en resultados»: Marcos Poveda 1994: 297.

<sup>69</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 300-301.

<sup>70</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 328.

<sup>71</sup> Cfr. Estarán Molinero 2003: 333.

<sup>72</sup> Cfr. Estarán Molinero 2003: 334-335.

<sup>73</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 334.

embargo, en esa ocasión fueron los sindicatos libres los que se opusieron y abandonaron el proyecto. Su marcha creó una situación interesante, los restantes sindicatos aceptaron el programa y las bases preparadas por Severino Aznar y Maximiliano Arboleya más cercanas al concepto de sindicato libre que al tradicional<sup>74</sup>.

Siendo objetivos, aunque al final todos firmaron el acuerdo, la realidad fue que la actuación concreta no correspondió a la teoría firmada. Y los sindicatos continuaron actuando con sus códigos anteriores. De ahí que todo ese intento de unificación pusiera de manifiesto el fracaso social causado por las divisiones internas; la falta de cambio favoreció que los sindicatos católicos mantuvieran su preeminencia en el campo, mientras que se perdía la clase trabajadora<sup>75</sup>.

### *Iniciativas sociales promovidas por y para la mujer*

La Acción Católica de la Mujer en Zaragoza se relanzó en mayo de 1919, coincidiendo con una visita de Ángel Herrera Oria que impartió una conferencia y se centró en procurar crear una mentalidad ciudadana. Es interesante que se propusieran desde el principio destruir «esos prejuicios que creen que la mujer católica con ser buena madre de familia y gobernadora de su casa, tiene bastante»<sup>76</sup>.

Por su parte, la ASC también organizó iniciativas en favor de la mujer. Sus iniciativas fueron más prácticas que teóricas y derivó a una acción más concreta y social. Promovió distintas actividades como el Sindicato de la Aguja, el Taller de Paro, la Obra de la Blusa, la Sociedad de Socorros Mutuos y la Escuela Nocturna de obreras.

## CONCLUSIONES

Los católicos españoles y, por supuesto, también los de otras naciones, buscaron el modo de contrastar el fenómeno de la secularización que cada vez era más patente en la sociedad. En ese sentido, se procuró influir en la opinión pública a través de *El Debate*, periódico dirigido por Ángel Herrera Oria por encargo del nuncio. Asimismo, la jerarquía procuró fomentar la unidad del episcopado con la celebración de concilios provinciales y, en el caso que nos ocupa, la Escuela de Zaragoza quiso proponer una solución cristiana a un problema social cada vez más extendido. El estudio y la aplicación de los principios de la

<sup>74</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 337.

<sup>75</sup> Cfr. Marcos Poveda 1994: 339.

<sup>76</sup> Estarán Molinero 2003: 350.

doctrina social de la Iglesia, impulsados por los miembros de esta Escuela, se enmarcan en ese contexto amplio de la secularización de la sociedad española.

La Escuela Social de Zaragoza fue una punta de lanza del catolicismo social español y tuvo una gran influencia a pesar de la oposición impuesta por sectores del catolicismo oficial, representado por el marqués de Comillas. Sus miembros actuaron convencidos de que era necesario un cambio de marcha para dar respuestas a las demandas sociales. Se trató de una escuela porque proponía un ideal propio, con fuertes influencias del extranjero, porque se preocupó de formar y buscar discípulos y, finalmente, porque crearon medios de propaganda como fueron las revistas *La Paz Social* y *Renovación Social* o la Biblioteca La Paz Social.

Su pensamiento no era original, pero sí fueron los encargados de hacerlo conocer en España. Es más, no pretendieron serlo, ya que su gran objetivo fue difundir la doctrina social contenida en las encíclicas de León XIII, especialmente la *Rerum novarum*. Su trabajo de propaganda social ayudó a mantener, al menos, en la mente de algunos católicos la importancia de hacer llegar el mensaje cristiano a las clases trabajadoras. También es de destacar que su esfuerzo contribuyó a que en España hubiera católicos con una conciencia social más moderna.

Ciertamente el joven seminarista Josemaría Escrivá no formó parte de este grupo, pero sí que es probable que tuviera conocimiento, ya que algunos de sus profesores, como Minguijón y Sancho Izquierdo, fueron miembros destacados de esa Escuela. Por ese motivo, podemos intuir que se formó en ese ambiente al estar en contacto directo con algunos seculares católicos involucrados en esas cuestiones, que tenían como objetivo llevar a Cristo al mundo del trabajo o, al menos, dignificar a los trabajadores partiendo de los principios y orientaciones promovidos por la doctrina social de la Iglesia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Andrés-Gallego, José 1984. *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Andrés-Gallego, José; Pazos, Antón M. 1993. “Cien años (y algo más) de catolicismo social en España”, en Pazos, Antón M. (coord.), *Un siglo de catolicismo social en Europa 1891-1991*, Pamplona, Eunsa, pp. 1-83.
- Andrés-Gallego, José 2023. *La Doctrina Social de la Iglesia. Una misión que cumplir en todo tiempo en favor de una sociedad a medida del hombre y su dignidad*, Córdoba, Almuzara.
- Aznar, Severino 1931. “Consejos fuertes” (1913), en Aznar, Severino, *Impresiones de un demócrata cristiano*, Madrid, s/e, pp. 204-209.
- Aznar, Severino 1934. “Más orientaciones sociales de Pío XI”, en *VIII Curso de las Semanas Sociales de España*, Zaragoza, s/e, p. 540.

- Aznar, Severino 1946. “Hacia el régimen corporativo (1928)”, en Aznar, Severino, *Estudios Económicos Sociales*, Madrid, Instituto de estudios políticos.
- Aznar, Severino 1949. “El valor de la propaganda social católica y cómo hacerla”, en Aznar, Severino, *Estudios Religiosos Sociales*, Madrid, Instituto de estudios políticos, p. 257.
- Benavides, Domingo 2001. “Maximiliano Arboleya”, *XX Siglos* 12, pp. 10-13.
- Cagigas Ocejo, Yolanda 2014. “Los primeros doctores honoris causa de la Universidad de Navarra (1964-1975)”, *SetD* 8, pp. 211-284.
- Callahan, William J. 2003. *La Iglesia Católica en España (1876-2002)*, Barcelona, Crítica.
- Carballo López, Francisco Jesús 2017. “La influencia de Rerum Novarum en el catolicismo social español”, *Aportes* 94, pp. 41-78.
- Crovetto, Fernando 2021. *La Acción Católica de Pío XI en España. La influencia de la experiencia italiana (1929-1936)*, Pamplona, Eunsa.
- Domínguez León, José 1991. “La ‘Rerum Novarum’ y su impacto en España. El Congreso Católico de Sevilla de 1892 y la cuestión social”, en López, Teodoro (ed.), *Doctrina Social de la Iglesia y realidad socio-económica en el centenario de la “Rerum Novarum”*, XII Simposio Internacional de Teología, Pamplona, Eunsa, pp. 159-171.
- Estarán Molinero, José 2003. *Cien años de “Acción Social Católica de Zaragoza” (1903-2003)*, Zaragoza, Acción Social Católica.
- Fitzgerald, Martin 1991. “La Escuela Social de Zaragoza”, en López, Teodoro (ed.), *Doctrina Social de la Iglesia y realidad socio-económica en el centenario de la “Rerum Novarum”*, XII Simposio Internacional de Teología, Pamplona, Eunsa, pp. 185-195.
- Garrigues, Jean-Miguel 2016. *Jacques Maritain frente a un catolicismo de cruzada: España 1934-1937*, *Revista de Fomento Social* 71, pp. 511-532.
- Herrando Prat de la Riba, Ramón 2002. *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de S. Francisco de Paula*, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá - Rialp.
- Hilarie, Yves-Marie 1993. *Un siglo de catolicismo social en Francia desde una perspectiva europea*, en Pazos, Antón M. (coord.), *Un siglo de catolicismo social en Europa 1891-1991*, Pamplona, Eunsa, pp. 93-119.
- Ibáñez Langlois, José Miguel 1987. *Doctrina social de la Iglesia*, Pamplona, Eunsa.
- Illanes, José Luis 1994. “La universidad en la vida y en la enseñanza de mons. Escrivá de Balaguer”, en AA.VV., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, Eunsa.
- Illanes, José Luis 2013. “Santificación del trabajo”, en Illanes, José Luis (coord.), *Diccionario San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Burgos, Monte Carmelo, pp. 1202-1210.
- Latre, José 1909. “Visitando unas obras”, *La Paz Social* 30.
- León XIII 1891, Encíclica *Rerum novarum*, *Acta Sanctae Sedis* 23, pp. 641-670.
- Marcos Poveda, Domingo 1994. *La escuela social de Zaragoza y su influencia en la acción social española*, Pamplona [tesis defendida en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra].
- Montero, Feliciano 2000. *La acción católica y el franquismo. Auge y crisis de la acción católica especializada*, Madrid, Uned.

- Montero, Feliciano 2001. *Severino Aznar, XX Siglos* 12, pp. 19-21.
- Montero, Feliciano 2004. “El catolicismo social. Balance historiográfico”, en Pellistrandi, Benoît (ed.), *L’histoire religieuse en France et en Espagne*, Collection de la Casa de Velázquez, Madrid, pp. 389-409.
- Montero, Feliciano; de la Cueva, Julio; Louzao, Joseba (eds.) 2017. *La historia religiosa de la España contemporánea: Balance y perspectivas*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.
- Pazos, Antón M. (coord.) 1993. *Un siglo de catolicismo social en Europa 1891-1991*, Pamplona, Eunsa.
- Pérez López, Pablo 2006. “Les Semanas Sociales en Espagne”, en *Les Semaines Sociales de France : Cent ans d’engagement social des Catholiques français 1904-2004*, Paris, Parole et Silence, pp. 413-425.
- Sancho Izquierdo, Miguel 1980. *Zaragoza en mis memorias (1899-1929)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Sanz de Diego, Rafael María 2000. “Las Semanas Sociales españolas (1906-1998)”, *XX siglos* 45, pp. 103-113.
- Sanz de Diego, Rafael María 2001. *Antonio Vincent, S.J., XX Siglos* 12, pp. 139-142.

Fernando Crovetto. Doctor en Filosofía y Letras (Historia) y en Teología (Historia de la Iglesia). Miembro del Istituto Storico San Josemaría Escrivá (Roma) y secretario de la revista «Studia et Documenta» del mismo Instituto. Además de artículos sobre la historia del Opus Dei ha publicado una monografía sobre el Concilio Provincial de Zaragoza de 1908, y otra sobre la Acción Católica española en los años treinta.

e-mail: fcrovetto@isje.it

ORCID: 0000-0002-9751-095X